



*Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.*

*Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí,
y en todas tus criaturas.*

*No deseo nada más, Padre.
Te confío mi alma,
te la doy con todo el amor
de que soy capaz,
porque te amo.*

*Y necesito darme,
ponerme en tus manos sin medida,
con una infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.*

(Carlos de Foucault)

Vuelvo a leer cada párrafo...
y me pregunto cómo vivo esta oración

Ahora que vamos terminado el curso es bueno y necesario que quienes hemos estado en la oración d la mañana de los sábados nos hagamos las preguntas, que nos hace el papa Francisco en su Exhortación “Alegraos y regocijaos”

El culto que más le agrada

104. Podríamos pensar que damos gloria a Dios solo con el culto y la oración, o únicamente cumpliendo algunas normas éticas —es verdad que el primado es la relación con Dios—, y olvidamos que el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

105.... el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia. Porque «la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos». Ella «es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia». Quiero remarcar una vez más que, si bien la misericordia no excluye la justicia y la verdad, «ante todo tenemos que decir que la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios». Ella «es la llave del cielo».

Cómo mi oración alimenta mi entrega a los hermanos...
mi gastar mi vida por otros...

Cómo se va transformando mi vida a la luz de la misericordia... donde he vivido últimamente la misericordia

La vida cristiana es combate

158. La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

Señor danos tu Espíritu, tu fuerza, y haz que seamos sensibles a su presencia en nosotros...

tres “lugares” de nuestro combate cristiano

159. No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18).

- ✓ mentalidad mundana... ¿Qué forma “mundana” (es decir, opuesta al Evangelio) de ser, pensar y vivir me está alejando del Evangelio?
- ✓ la propia debilidad... ¿me estoy encerrando en mi mismo? ... Estoy dejando que el Espíritu me lleve mas allá de mis “·frenteras”?
- ✓ el diablo... me presenta bajo la apariencia de bien formas de ser y actuar que rompen la amistad con Dios, el servicio a los hermanos y la fidelidad a mi conciencia... ¿Soy consciente de las tentaciones que me llegan?

Despiertos y confiados

162. La Palabra de Dios nos invita claramente a «afrontar las asechanzas del diablo» (Ef 6,11) y a detener «las flechas incendiarias del maligno» (Ef 6,16). No son palabras románticas, porque nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal, porque, como decía el santo cura Brochero, «¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?».

163. En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque «el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. [...] El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal».

Cómo se está dando mi “combate espiritual” frente a la mediocridad y la apatía

Súplica

Señor, al terminar esta oración te pido por la Iglesia que la formamos nosotros con tu Espíritu.

Haz, Señor, que desde la santidad a la que me llamas haga/hagamos un mundo de amor, justicia y paz.